

Aránzazu Riosalido
y Pepe Viyuela

Mil novecientos setenta sombreros

ÍNDICE

DESEO DE SER CIRCO

María Folguera, 9

PRESENTACIÓN

Aránzazu Riosalido, 13

EL CIRCO

Ensayo alucinado

Pepe Viyuela, 19

PRESENTACIÓN DE LOS PERSONAJES

Ángel Idígoras, 41

MIL NOVECIENTOS SETENTA SOMBREROS, 55

«Los *clowns* recogen todos los
sombreros que la humanidad
tira, les cortan el ala, les
ponen una pluma de un
plumero, y se sirven de ellos
para una nueva temporada».

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El circo

DESEO DE SER CIRCO

CONOCÍ A ARÁNZAZU RIOSALIDO hace unos años. Ella se había propuesto recuperar un texto singular, *Biografía del circo*, de Jaime de Armiñán, con la complicidad de Pepitas. Aránzazu tocó la puerta del Teatro Circo Price para compartir con nosotros y nosotras su hermoso empeño, y aquel día descubrí a una tenaz aventurera. Por eso no me extrañó que, tiempo después, me pidiera una reunión para proponerme una producción: un recuerdo de la historia del antiguo Circo Price, de cuya demolición se cumplirían cincuenta años en 2020. Su propuesta me pareció de lo más oportuna: yo misma había incluido en mi proyecto de dirección artística del Price una referencia a la efeméride, y a la importancia de una producción interdisciplinar para celebrarla. Café a café, llamada a llamada y reunión a reunión, Aránzazu daba forma a su sueño. Y cuando Pepe Viyuela dijo sí a participar en la dramaturgia y la interpretación, el sueño se volvió tangible. Ya tenía voz y mirada. Un equipo espléndido de autores profunda-

mente comprometidos con el circo, cada uno desde una vivencia muy distinta, pero igualmente devota. Acordamos una fecha: el 14 de octubre de 2020 estrenaríamos nuestro espectáculo.

Pero aquella primavera se convirtió inesperadamente en un desafío a escala mundial: la pandemia de covid nos encerró en casa, suspendidos en la incertidumbre y la dificultad de imaginar una creación escénica atravesada por protocolos sanitarios. Pepe, Aránzazu y yo nos reuníamos por *zoom*, cada uno en su pequeña pantalla. Hablábamos de payasos, ventrílocuos, amazonas. Abril lavaba la calle con un aguacero incansable. Confieso que alguna vez, al recibir el borrador del texto, mientras en los balcones sonaban los aplausos de gratitud hacia el personal sanitario —y también caceroladas de protesta, según pasaba el tiempo—, me pregunté si en tan solo unos meses estaríamos en condiciones de estrenar una gran producción como aquella. Pasito a paso, colectivamente, preparamos la reapertura, y en septiembre empezaron los ensayos de aquel sueño que ya tenía nombre: *Mil novecientos setenta sombreros*. El 14 de octubre estrenamos ante un gran Circo Price de convocatoria inusualmente reducida. Los espectadores vinieron con mascarilla, guardaron la distancia de seguridad, se lavaron las manos con gel hidroalcohólico antes de entrar a la sala. Y encontraron el milagro de aquel trabajo tan cuidado por el

director escénico, Hernán Gené, y un elenco memorable: actores, actrices, artistas de circo, músicos, y un ventríloquo, Jaime Figueroa, que compuso con Pepe Viyuela una escena absolutamente inolvidable. Pepe, por supuesto, estuvo magistral como protagonista, con un tierno homenaje al payaso Charlie Rivel incluido.

Mil novecientos setenta sombreros fue una confirmación. Es fácil dudar de las artes escénicas en tiempos de abundancia. Sin embargo, cuando el miedo oprime, y la soledad pesa, y la pérdida amenaza, el circo todavía está allí. La imaginación responde. Todavía nos guía el deseo de acercarnos al otro. Y este encuentro, decisivo pero efímero, a veces vive una nueva metamorfosis: se convierte en papel. Gracias a la editorial Pepitas de Calabaza, de nuevo cómplices en la creación de una biblioteca circense, aquel sueño que tuvieron Aránzazu Riosalido y Pepe Viyuela está a punto de salir a pista otra vez. Abre esta cajita que tienes entre las manos, que va a empezar la función.

MARÍA FOLGUERA

PRESENTACIÓN

ESTA ES LA HISTORIA de una niña que dejaba asomar su nariz entre las telas de un circo.

Es la historia de una niña que soñaba con subir a lo alto de un trapecio y volar sobre los sombreros. Soñaba con tragar fuego y lanzar cuchillos. Soñaba con andar cerca del cielo y hablar con las estrellas.

Es la historia de una niña que guardó su nariz y abrió su mirada. Un día, cuando la niña ya era una joven, se encontró con un sabio que conocía todos los cuentos: del trapecio, de la nariz, de las telas y entretelas, del circo; un Sherezade barbudo; un sabio que guardaba secretos escondidos entre letras. Unas letras que fue narrando a la joven poco a poco. Un crucigrama de nombres y anécdotas.

El sabio, como Sherezade, creaba cuentos que no acababan. La joven regresaba a la cita cada semana, como quien regresa a su infancia. Cada cuento, cada palabra guardaba un misterio. Cada acertijo tenía un

nombre, un personaje. Cada cuento que descubría era una pequeña parte de un tesoro; un tesoro escondido desde hacía más de cincuenta años.

Ese tesoro tenía nombre propio, lomos, hojas, letras y, dentro, había magia, risas, malabares, equilibrios, fieras, música, sueños... La joven, a ratos niña, hizo suyos esos cuentos. Y con nueva tinta presentó *Biografía del circo* al mundo. Y así regresaron a su vida los personajes que había guardado en su nariz; un payaso augusto que tocaba la vihuela, un carablanca que fumaba pipa, una jefa de pista con aires de domadora y un mago que tenía por varita un lápiz.

El cuento creció, las palabras hablaron por sí mismas. La cabalgata de los personajes tomó vida propia. Dieron verdad y nombre a esta nueva historia.

MIL NOVECIENTOS SETENTA SOMBREROS

Mil novecientos setenta sombreros es además la historia de dos amigos que se encierran en un circo para escuchar las voces y descubrir las pisadas que se perdieron en otro siglo. Es la historia de un caballo y su jinete; de un caballo, su jinete y de un circo. Un circo que comenzó entre maderas y creció con ladrillos. Un circo con música, ópera, ballet, combates, leones y payasos. Un circo que se convirtió en cine por un día y en ministerio por

toda una vida. También es la historia de un cronista de circo que, desde la casa de las Siete Chimeneas, homenajeó a este arte. De un payaso que, en un momento de sombras, sostuvo la carpa del circo y trajo esperanza. Es la historia de personajes fantásticos que fueron de carne y hueso. Y de unos músicos que nos arrastraron a un sueño para encontrarnos con todos ellos.

Mil novecientos setenta sombreros recoge el legado de un cuentacuentos y la historia de aquel sueño que rastreó la niña, con su nariz, entre las telas de un circo.

Aunque esta historia comenzó antes de que la niña tuviese nariz; comenzó con mis padres. Ellos me enseñaron a conocer los sentidos, a dar *sentido* a los sentidos; me enseñaron a observar, a escuchar, a oler, a saborear, a acariciar. A sentir.

Aprender a mirar: el circo es una amalgama de telas, tierras y serrines; paleta de rojos, ocre y blancos. Es lugar donde los colores hablan distintos idiomas y toman vida propia. Una imagen: la imagen de un rojo intenso junto a la plaza de toros de Las Ventas de Madrid, una imagen que yo veía de niña, día tras día, de camino a casa.

El circo de los muchachos se instaló en mi cabeza, ahora me doy cuenta de que esa carpa que miraba de niña ha sido la que ha coloreado mi imaginario estos años. Anunciaban que enseñaban artes circenses. Recuerdo que le decía a mi madre que yo quería aprender trapecio, y ella me hacía soñar con ello.

EL CIRCO

Ensayo alucinado

«El circo es un rueda diminuto
cercado de olvido».

Henry Miller,

«El payaso al pie de la escala».

«La matemática es el lenguaje en
el que Dios escribió el universo».

Galileo Galilei

EL CIRCO POSEE LA paradoja de presentárenos como un acontecimiento excepcional y, al mismo tiempo, como un hecho absolutamente cotidiano relacionado con nuestra necesidad de superación. La rutina diaria y los aspectos más esenciales de nuestra existencia conviven en el hecho circense. Se trata, por otra parte, de una actividad que nos ha acompañado desde que se dio a luz en nosotros la conciencia de estar vivos; desde que fuimos conscientes de que respirábamos y de que nuestro cuerpo servía para algo más

que para cazar y recolectar; desde que descubrimos que poseemos y elaboramos sueños y deseos.

Cuando nos dimos cuenta de que son ellos, los sueños y los deseos, los que nos impulsan y permiten que superemos todas las dificultades y tropiezos, dibujamos un círculo en la arena y nos hicimos payasos, malabaristas, acróbatas y magos. Cuando las sociedades humanas empezaron a hacerse sedentarias y a establecerse en poblados, pueblos y ciudades, se puso en marcha la idea de la *troupe* viajera que emula nuestro pasado de seres nómadas.

La idea del circo viajó hasta nosotros desde el Olimpo, probablemente contenida en la misma llama que Prometeo arrebató a los dioses. En aquel fuego primigenio ardía nuestro deseo de superación y de conexión con lo divino, así como el ansia de mirar directamente a los ojos a esos dioses que se creían exclusivos poseedores del talento y el poder de crear. En aquella llama ardía nuestro deseo de vivir en plenitud, nuestro afán por convertir nuestra propia vida en una obra de arte que nos inundara de placer y provocara la admiración de los otros.

A través del circo, el ser humano contactó con la divinidad sin que le fuera necesario escapar ni prescindir de la tierra y el polvo del que provenía. A través del circo, mantuvo intacta su humanidad, pero se demostró a sí mismo que no estaba lejos de lo celestial y

lo sagrado, que incluso era posible que donde habitara realmente lo divino fuera en su interior.

El artista de circo ha transitado desde entonces entre la arena de la pista y el cielo del trapecio, se eleva y desciende en el ascensor del entusiasmo, en un viaje bipolar que le acerca a la locura, le hace rozar la genialidad, al tiempo que su corazón no deja de latir y le sigue siendo necesario respirar.

La arena, esta tierra que pisamos y que acabará acogiéndonos un día, y el trapecio son la metáfora de nuestra doble querencia, ese desgarró entre el mundo terrenal y el celestial en el que nos debatimos de continuo.

Yo diría que la inmortalidad, esa gran promesa de las religiones, es el primer programa universal del circo, la gran oferta perseguida desde siempre por el ser humano: alcance el cielo en cómodos plazos de conducta circense; entréñese en el trapecio y ascenderá a las esferas celestes; su tiempo mundano se transformará, a través de la virtud y la disciplina del malabar, en pura eternidad. Ya que no podemos ser dioses, hagámonos artistas de circo y hasta ellos acabarán por envidiarnos.

El circo nos hace rozar con la punta de los dedos el cuerpo intangible de los dioses. A través de ellos, en la capilla sixtina de las carpas de circo se produce el contacto entre ellos y nosotros, la chispa que da paso a la historia, el géñesis de todo lo que somos y, sobre todo, el trampolín de la esperanza hacia lo que anhelamos.

PRESENTACIÓN
DE LOS PERSONAJES
Ángel Idígoras

CHARLIE RIVEL
(1896-1983)

Todos los Rivel se dedicaron al circo. Pere, desde el trapecio, y M.^a Luisa, desde el alambre, se enamoraron en las alturas y, cuando bajaron, tuvieron hijos payasos. Uno de esos hijos, Josep, les salió con la nariz cuadrada y respondón. Al crecer, dejó la *troupe* para comenzar su carrera en solitario y decidió homenajear a Charlot a través de su nombre artístico. Su personaje era un niño en cuerpo de hombre que lloraba mientras apuntaba a la luna y para el que subir a una silla era casi hacer alpinismo. Una leyenda de la ternura, un poeta de la risa que dejó las huellas de sus zapatos en el serrín de las pistas de todo el planeta.

Mil novecientos
setenta sombreros

FICHA ARTÍSTICA

Dirección artística y versión: HERNÁN GENÉ.

Dramaturgia: PEPE VIYUELA y ARÁNZAZU RIOSALIDO.

Investigación e idea original: ARÁNZAZU RIOSALIDO.

Intérpretes: JUANJO CUCALÓN, JAIME FIGUEROA,
HERNÁN GENÉ, MARTA LARRALDE, MIGUEL
URIBE, PEPE VIYUELA.

Artistas de circo: CHARO AMAYA, PATRICIA GARCÍA
CARRASCO, JAVIER GONZÁLEZ «ROMERO», ISA
BELUI, CORAL QUIÑONES, DIEGO SAN ANDRÉS
«TOTOBÍ».

Números de circo:

ZENAIDA ALCALDE - Trapecio.

CÉLINE BULTEAU - Cable.

JAIME FIGUEROA - Ventriloquía.

EL GRAN OTHMAN - Equilibrio sobre sillas.

Composición musical y músicos en escena: ALBERTO
BRENES, RAÚL MÁRQUEZ, DAVID SANCHO.

Producido por TEATRO CIRCO PRICE (Ayuntamiento
de Madrid).

Mil novecientos setenta sombreros se estrenó el 14 de
octubre de 2020.

Mientras la orquesta interpreta una pieza melancólica que podría estar inspirada en El silencio de Beethoven, vemos a un payaso sentado ante un espejo desmaquillándose, cuando acaba de hacerlo se levanta, coge una maleta y empieza a andar hacia la salida. Antes de salir aparece el JEFE DE PISTA.

JEFE DE PISTA: ¿Dónde va?

PAYASO: ¿Perdone?

JEFE DE PISTA: ¿Se va?

PAYASO: (*Mirando a la pista y a la grada*). Esto ya no tiene sentido.

JEFE DE PISTA: ¿Eso cree?

PAYASO: Ya no hay lugar para nosotros. O quizá sea sencillamente que no puedo más. Estoy harto.

JEFE DE PISTA: ¿Cree que es la primera vez que el circo ha tenido problemas?

PAYASO: No empiece con eso, por favor. ¿Qué falta hace el circo?

JEFE DE PISTA: El circo es muchas cosas.

PAYASO: Eso es no decir nada. Y además, ¿quién es usted?

Continuando su camino.

JEFE DE PISTA: Espere.

El JEFE DE PISTA hace un gesto a la orquesta y cambia la música, que se vuelve animada. En una pantalla blanca se proyectan sombras de personajes mientras hacen sus ejercicios: forzudos, funambulistas, malabaristas, acróbatas, alguien que escupe fuego, un domador con su látigo, écuyères sobre el caballo... Poco a poco van saliendo de detrás de la pantalla y llenan el espacio. Se han convertido en personajes de carne y hueso, en artistas de circo que llevan a cabo un animado charivari. Al acabar, se van todos menos el JEFE DE PISTA y el PAYASO. La música también se detiene a una señal del JEFE DE PISTA. Todo queda en silencio unos instantes.

JEFE DE PISTA: ¿De verdad cree que no merece la pena luchar por esto?

PAYASO: En el mundo pasan demasiadas cosas como para que tengamos la más mínima importancia. ¿Quién tiene tiempo para defender el circo?

JEFE DE PISTA: Siempre ha sido el arte del más difícil todavía.

PAYASO: Deje las frases hechas.

JEFE DE PISTA: Piense en ello. Empezamos en la calle, recorriendo caminos que tan pronto eran de barro como se transformaban en un polvo irrespirable, siempre hacía o mucho frío o mucho calor, llegábamos a pueblos donde actuábamos por poco dinero, hacíamos la función por lo que la gente podía ofrecer, a veces nos pagaban en especie: un poco de pan, una garrafa de vino, unas zanahorias, con suerte algo de carne... Y seguíamos buscando pueblos y plazas, descampados. Un día empezamos a contar con una carpa que montar y desmontar para hacer frente a la lluvia y al frío y unas gradas incómodas que se llenaban con los que querían soñar e ilusionarse un rato. Con gente a la que se llenaban los ojos de circo y a quien ayudábamos a vivir. Eran tiempos difíciles, siempre lo han sido, pero no nos hemos rendido nunca.

PAYASO: Que sí, que esa historia me la sé. Muchas gracias, de verdad, pero no puedo más.

JEFE DE PISTA: ¿Por qué lo deja?

PAYASO: Porque estoy cansado de mirarme al espejo y ver una cara pintada. En mi rostro se ha dibujado siempre una sonrisa que en realidad no se corresponde con lo que hay detrás. Soy un hombre cansado que lleva una máscara. He decidido quitármela. Eso es todo. Llámeme renegado, llámeme como

prefiera, pero no quiero seguir viendo el mundo desde detrás de esa cara de imbécil.

JEFE DE PISTA: Un payaso que no cree en el circo es algo realmente trágico. ¿Me permite que intente convencerle?

PAYASO: No puede.

JEFE DE PISTA: ¡Mire el Circo Price! Ni más ni menos que el Price. Ha muerto varias veces, pero aquí sigue.

A una señal del JEFE DE PISTA la orquesta interpreta una fanfarria y aparece MATILDE DE FASSI montada en la silueta de un caballo.

PAYASO: ¿Quién es usted?

MATILDE: Matilde de Fassi, la hija adoptiva de Thomas Price.

PAYASO: Sí, claro, y yo soy Tonetti.

MATILDE: Es usted muy dueño de creerse lo que quiera. Trabajé como *écuyère* en el circo que fundó mi padre en 1853 en el paseo Recoletos. Era de madera, casi como este caballo, y acabó ardiendo por los cuatro costados. Pero él no se rindió y construyó otro circo nuevo en la Plaza del Rey, en el solar en el que antes habían estado el Circo Olímpico y el Teatro del Circo. Lo llamó Circo Price. También tuvo otros nombres. Los circos se regeneran, se rebautizan, nacen sobre los escombros de otros